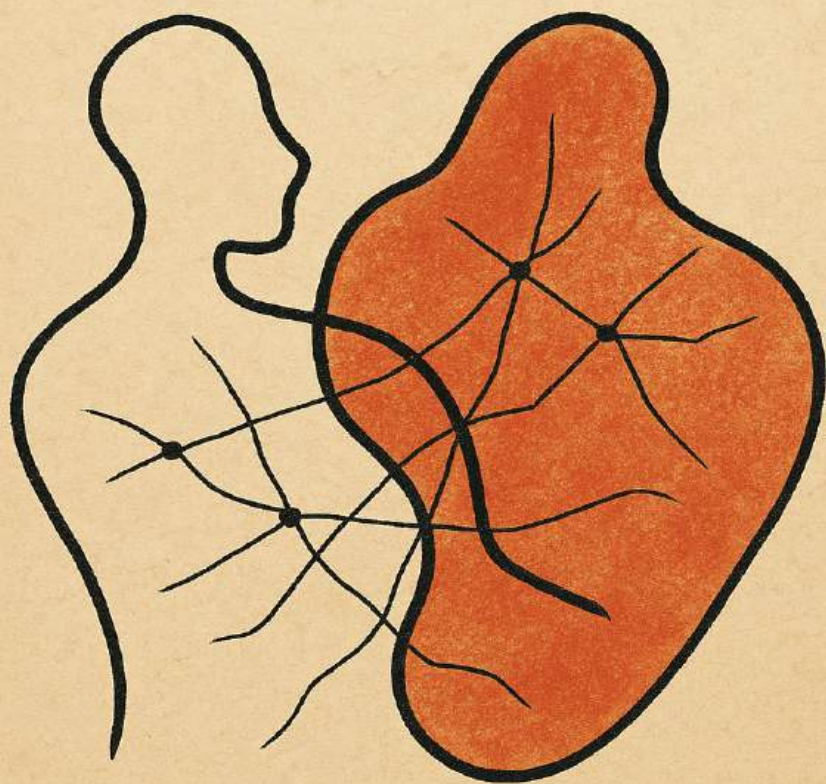


Cartografía del roce



Augusto
La Fere

CARTOGRAFÍA DEL ROCE

AUGUSTO LA FERE

CARTOGRAFÍA DEL ROCE

Edición Digital

LAPA
ARS VERBI
2025

Créditos

Cartograffia del Roce

© 2022 Augusto La Fere

Publicado por *Ars Verbi*TM
Lapa, Paraná, Brasil

Edición Digital

ISBN: 978-65-988751-1-4

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Compartir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Usted es libre de:

- Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- Adaptar — remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- Atribución: Debe dar crédito al autor (Augusto La Fere), proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios.
- No Comercial: No puede utilizar el material con fines comerciales.
- Compartir Igual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia.

Para más detalles, visite:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Dedicatoria

A Brenda Belén Steeb,
que nos enseñó el español
como se riega una planta antigua:
con ternura,
con espera,
con fe en lo que aún no florece.

Tu voz fue la primera patria
de esta lengua prestada.

Y en cada palabra que ahora decimos,
hay una raíz tuya
que no se ve —
pero sostiene.

“Hay ciudades que se recorren con los pies.
Y otras — como ésta — con el asombro.”

— *Jorge Luis Borges*

Sumario

Prólogo.....	8
1. Desde arriba.....	10
2. Ventanas y vértebras.....	12
3. El cuerpo extranjero.....	14
4. Río de sombras dulces.....	15
5. Un gesto en la vereda.....	17
6. La puerta y las llaves.....	18
7. La palabra equivocada.....	20
8. El colectivo no espera.....	22
9. Están a marchar.....	24
10. Perros, tantos perros.....	26
11. Señora que discute con nadie.....	28
12. Buscando a Borges.....	30
13. Palabra adherida.....	32
14. Camisetas sin traducción.....	34
15. Gente que no me mira.....	36
16. Llegar con hambre y polvo.....	38
17. Comida repetida.....	40
18. Recoleta – Piedras que aún respiran.....	42
19. Once – El corazón desbordado.....	44
20. San Telmo – Sombras que ensayan tango.....	46
21. La Boca – Azul que no se calla.....	47
22. Palermo – Todo es fachada.....	49
23. Constitución – La espera sin nombre.....	51
24. Villa Crespo – Ropa colgada y sol de tarde.....	53
25. Belgrano – Orden que esconde algo.....	55
26. Retiro – Bajo el puente duerme el país.....	57
27. Chacarita – Donde la muerte respira hondo.....	59
28. Cartografía del roce.....	61

29. ¿Qué onda?.....	63
30. Confundido con uno de acá.....	65
31. Cuando el portero me saluda por mi nombre.....	67
32. El día que corrijo a otro extranjero.....	69
33. Primer mate sin explicación.....	71
34. Me río con otros.....	73
35. Billetes sin peso.....	75
36. En la Facultad.....	77
37. Una librería que no me salvó.....	79
38. Un vecino que no saludó.....	81
39. Tarde en un banco de plaza.....	82
40. Café con poco azúcar.....	83
41. Miradas que resbalan.....	84
42. Carteles que no se entienden.....	85
43. Una mano que no solté.....	86
44. La voz del portero eléctrico.....	87
45. La fila que no avanza.....	88
46. El acento que no se borra.....	90
47. El otro portero que no saluda.....	92
48. Una noche con frío de adentro.....	93
49. El primer “vos” sin pensar.....	94
50. Ya no me voy.....	96
Epílogo.....	98

Prólogo

Lo que no se busca, pero se encuentra

No vine buscando nada.
Tal vez una pausa.
Tal vez un desvío.
Pero no un lugar.

La ciudad me miró desde arriba —
sin promesa,
sin advertencia.

No traía mapas,
sólo una memoria tibia
de nombres ajenos:
Gardel, Borges, el tango,
una calle con jacarandás.

No entendí las palabras.
No entendí los gestos.
Pero algo, en su manera de no explicarse,
me dijo:
"Observa".

Y eso hice.
Anduve.
Toqué.
Pregunté sin voz.
Fui respondido sin palabras.

Este libro no es un diario.
No es una guía.

Es el cuaderno donde el cuerpo,
más que la mente,
anotó cada roce,
cada sombra,
cada pequeño acuerdo
entre lo que soy
y lo que me atraviesa.

No sé si pertenezco.
Pero estuve.
Y eso basta
para comenzar.

1. Desde arriba

(la ciudad vista desde el aire, hasta el primer contacto)

Las luces no dibujan la ciudad,
la adivinan.

No son calles,
son hilos de oro
sobre terciopelo quieto.

Alguien borda en secreto
una promesa para quien llega.

El avión se inclina
como quien baja la voz
antes de decir un secreto.

Una luz parpadea
como un ojo que duda.
Y el ala,
por un momento,
roza el río
como si quisiera quedarse.

Desde arriba,
Buenos Aires no pesa.
Tiembla.
Respira.
Arde despacio.
Las ruedas tocan el suelo
como si recordaran
lo que es ser cuerpo.

Yo también —
de golpe —
recuerdo.

Y mientras el metal tiembla,
el corazón aprende
a pronunciar
Buenos Aires.

2. Ventanas y vértebras

(dentro del taxi, el cuerpo empieza a ser parte)

Desde el asiento,
no veo calles.
Veo ventanas.

Unas cerradas.
Otras entreabiertas,
como si dudaran del día.
No me miran,
pero algo en su silencio
me incluye.

El asiento me sostiene,
pero no me pertenece.
Las rodillas buscan su lugar
en una coreografía
que no conozco.

El chofer no habla.
El motor murmura
como si contara la ciudad
en voz baja.

Miro el retrovisor:
una parte de mí sigue allá arriba,
flotando con las luces.
Otra ya vibra
con cada bache del camino.

No hay urgencia.
La ciudad no exige.
Se deja pasar,
como si supiera
que tarde o temprano
uno termina quedándose.

3. El cuerpo extranjero

(respirar un tiempo ajeno)

El aire aquí es distinto.
No pesa —
pero arrastra.

Las farolas no iluminan,
recuerdan.
Proyectan una luz cansada
sobre puertas
que ya vieron demasiadas despedidas.

Una mujer pasea su perro
como si repitiera
el gesto de su madre.
Y ese perro,
con sus ojos tranquilos,
sabe más que yo
sobre esta calle.

Camino torpemente
entre edificios que se inclinan,
no por ruina,
sino por historia.

Y yo respiro —
no el presente,
sino algo antiguo
que, sin conocerme,
ya me reconocía.

4. Río de sombras dulces

(el costado líquido de la ciudad)

El río no dice nada.
Y sin embargo,
todo en él parece hablar
de lo que ya no está.

No brilla.
No canta.
Pasa,
como un pensamiento largo
que no encuentra palabra
y sigue.

Las barandas oxidadas
no protegen del agua —
protegen del tiempo.

Un niño lanza una piedra.
Ella desaparece.
Y el río no devuelve nada,
como si guardar secretos
fuera su único oficio.

Camino cerca,
sin tocarlo.
Respiro su aire denso,
mezcla de puerto y nostalgia.

No lo entiendo,
pero me reconoce.

Como todo en esta ciudad:
no me exige
ser de aquí.
Pero tampoco me deja ir
igual que llegué.

5. Un gesto en la vereda

(el primer contacto sin palabras)

Una mujer barre la vereda
con un ritmo que no apura.

Cada movimiento suyo
parece repetir algo aprendido
mucho antes de ella.

El polvo se arremolina
como si también supiera
por dónde salir sin molestar.

Yo paso.
No digo nada.
Pero ella me mira
y asiente,
como quien reconoce
la presencia de lo que llega
sin interrumpir.

Ese gesto,
mínimo,
me contiene más
que todas las palabras del día.

Sigo andando.
Pero ya no soy el mismo
que bajó del avión.

6. La puerta y las llaves

(primera entrada a la nueva residencia)

El edificio no anuncia nada.
Pero al abrir la reja pesada
algo en mí se inclina.

El hierro tiene un sonido grave,
como los portones de los antiguos conventos
que solo visité
con los ojos bajos
y la respiración contenida.

Dentro,
el aire es más frío,
como si llevara siglos
esperando.

El zaguán es alto,
silencioso,
y deja que la luz se quiebre
sin apuro sobre los mosaicos.

Saco las llaves.
Son pequeñas, delgadas,
con dientes irregulares —
exactamente
como las llaves de mi abuela.

Las reconozco por el tacto,
no por la forma.

El pomo gira con dificultad,
como si también necesitara tiempo
para aceptar mi presencia.

Y cuando entro,
no hay muebles.
No hay nadie.

Pero hay algo
en la manera en que el polvo flota
que me hace sentir
que ya fui esperado.

7. La palabra equivocada

(primer intento de hablar con la ciudad)

Salí por pan.
Quise decir algo simple —
“una medialuna, por favor”.

Pero la palabra se dobló en mi boca.
No sonó como ellos la dicen.
Ni tan rápida.
Ni tan firme.

El mozo me miró
con un gesto corto,
no de enojo —
de desinterés.

Sentí que mi voz
había revelado más que mi acento:
había dicho
que no pertenezco.

Más tarde,
una pareja pidió lo mismo en inglés.
El mismo mozo sonrió.
Dijo “*of course*”,
con ese tono amable
que se reserva para los que no intentan
parecer de aquí.

Volví a casa
con el pan y un pequeño silencio
guardado en la lengua.

Ahora sé
que hablar mal su idioma
es peor
que no hablarlo.

8. El colectivo no espera

(primer viaje entre el ruido)

Lo vi venir
como un animal sin cuello.
Grande, rápido,
inquieto de luces.

Levanté la mano.
No supe si lo hice bien.
El chofer apenas frenó,
y la puerta se abrió
como una lengua de hierro.

Subí con el cuerpo torpe.
El pie no encontró el escalón.
El motor rugió
antes de que dijera
“buen día”.

No pregunté nada.
Miré cómo los otros pagaban.
Imité.
La máquina sonó.
No entendí si me aceptó
o me ignoró.

La ciudad pasó veloz
por la ventana sucia.

Nadie hablaba.
Nadie miraba.
Pero todos sabían
dónde bajarse.

Yo no.
Toqué el timbre
como si pidiera perdón.
El chofer no respondió.
Pero frenó.

Y bajé.
No donde quería,
pero donde me dejaron.

9. Están a marchar

(todos los días, sin excepción)

Hoy también.
Otra vez.

La calle cortada.
El tráfico parado.
Los colectivos desviados
como si huyeran de algo.

“¿Qué pasa?”, pregunto.
“Están a marchar”,
responde un hombre sin mirar.
Como si eso bastara.
Como si ya no hiciera falta decir más.

Carteles.
Tambores.
Banderas.
Pero las palabras están gastadas.
Nadie las lee.
Nadie las grita con el cuerpo.

Los rostros son neutros.
Algunos fuman.
Otros arrastran los pies
como si marchar fuera
un día más de trabajo.

Después supe:
si no vienen,
pierden la ayuda.
El sindicato controla las listas
como quien lleva cuentas
de supermercado.

Y entonces entendí:
no marchan por algo.
Marchan porque están.
Porque los hacen estar.

Y yo,
que venía buscando señales,
me vi entre carteles sin causa,
gritos sin dirección,
y una ciudad que grita
pero no responde.

10. Perros, tantos perros

(y el arte de esquivarlos)

Están por todas partes:
debajo de autos,
junto a viejas que caminan lento,
al costado del quiosco,
en ronda de sombra
como monjes sin templo.

Duermen, miran,
esperan sin urgencia.

Pero no vienen solos.
Dejan señales.
Pequeños altares blandos
que brillan al sol
con su ironía tibia.

Pisé uno,
sin drama.
Pero el olor subió conmigo
al ascensor
y me acompañó hasta el sueño.

Nadie dice nada.
Todos aprenden.
Las veredas exigen fe
y mirada atenta.

Buenos Aires es ciudad de perros
y de cacas también —
más discretas que las palabras,
pero más persistentes.

Hoy camino con el ritmo
de quien busca belleza
sin pisarla.

11. Señora que discute con nadie

(y nadie la detiene)

En la vereda,
una señora grita.
No a alguien.
No por algo.

Grita
como quien repite
una escena sin público.

Levanta la mano,
acusa con el dedo,
hace una pausa
como si escuchara una réplica.

Y sigue.

Los autos pasan.
Los peatones también.
Nadie mira dos veces.

Yo la escucho.
No entiendo el motivo,
pero el tono
es exacto:
ni rabia,
ni dolor,
sino práctica.

Hay costumbre en su furia.
Hay método.

Parece haber discutido esto
muchas veces
con esa voz
que no está.

Y por un segundo,
la ciudad entera
parece una casa
con paredes delgadas,
donde cada quien
habla con su fantasma.

12. Buscando a Borges

(y encontrando un sebo cerrado)

Caminé buscando a Borges.
No al hombre —
a la ciudad que lo contenía.

Esperaba una frase en la pared,
una sombra en la plaza,
una voz que dijera
“Buenos Aires aún recuerda”.

También busqué a Gardel,
en los balcones,
en algún tango perdido entre taxis.
Pero su voz no llega al asfalto.
Se quedó en la radio
de un bar que ya cerró.

Quise oír a Piazzolla
entre los árboles del sur,
pero la ciudad prefiere parlantes
que repiten *loops* sin violín.

Los encontré, sí —
a todos.
Pero en sebos oscuros,
detrás de pilas de revistas,
con nombres mal escritos
y cubiertas gastadas.

Una ciudad que guarda
pero no visita.
Que exhibe
pero no escucha.

Y entendí que Buenos Aires
no mata a sus mitos.
Los deja dormir
sin molestarlos.

13. Palabra adherida

(sobre los muros que ya no escuchan)

Las paredes hablan,
dicen.
Pero lo que dicen
ya no dice.

Letras grandes,
pintadas con apuro,
como si nombrar fuera
un modo de resistir.

“Perón vive”
sobre fondo celeste,
casi borrado por el sol,
y por otras frases
que vinieron después.

Una capa tapa otra.
Rojo sobre negro.
Verde sobre consigna.
Humedad sobre promesa.

No hay arte.
No hay rastro de urgencia.
Solo la voluntad
de seguir apareciendo
aun cuando nadie
mire.

Pregunté qué significan.
Me dijeron:
“Siempre están ahí”.
Y seguí caminando,
como se camina entre ruinas
que aún no aceptan
haber caído.

14. Camisetas sin traducción

(el fútbol como idioma que no se aprende)

Están por todas partes.
En balcones,
en cordones de faroles,
en puestos de choripán,
en tatuajes
y en el pecho de un niño
que aún no aprendió a leer.

Camisetas.
Bandas diagonales.
Escudos con iniciales.
Colores que parecen pelear
incluso desde el tendedero.

Sé que son equipos.
Sé que es fútbol.
Pero no sé
qué duele en esos nombres.

Un hombre pasa
con el rostro serio
y una remera de *Racing*.
Una mujer vende empanadas
bajo una bandera de Boca.
Un grafiti en Once
maldice a *River*
con tinta fresca.

No es moda.
No es broma.
Es algo que sangra
y se hereda.

Yo miro.
Reconozco los símbolos,
pero no los secretos.

Y entonces entiendo:
hay pasiones que no se explican.
Sólo se arrastran,
como heridas con himno propio.

15. Gente que no me mira

(y sin embargo me incluye)

Cruzo con cientos.
Nadie me mira.
No por desprecio.
Sino por costumbre.

Cada quien con su gesto exacto:
ojos hacia el piso,
hacia el cartel,
hacia la nada.

Un hombre lee sin mover los labios.
Una joven corre con auriculares.
Un anciano fuma mirando el tráfico
como si fuera cine.

Paso entre ellos
sin dejar huella.
Y sin embargo,
nadie se aparta.
Nadie me interroga.

No soy turista.
Tampoco vecino.
Soy alguien más
en la corriente.

Y por primera vez,
eso basta.

Hay ciudades
donde el anonimato es castigo.
Aquí es pertenencia leve.
Un modo sutil de decir:
“Si no molestas, estás”.

16. Llegar con hambre y polvo

(al final del día, el cuerpo ya no es el mismo)

Entro sin decir palabra.
La casa me recibe
con el silencio
de quien no pregunta.

Dejo los zapatos al lado.
Traen polvo
de calles que no sabían mi nombre,
pero me reconocieron al paso.

El aire pesa distinto.
Hay una pausa
que no había esta mañana.

Tengo hambre,
pero no de alimento.
Una hambre sorda,
hecha de rostros breves,
de frases no dichas,
de un idioma
que empieza a doler en el oído.

Me siento.
No busco luz.
El cuerpo guarda el día
como se guarda una carta
que no se leerá dos veces.

En la manga,
una mancha de tierra.
En la memoria,
un timbre,
un ladrido,
una mirada sin destino.

Y comprendo:
la ciudad no me espera.
Pero algo de ella
ya respira en mí.

17. Comida repetida

(y el paladar que busca sin encontrar)

El primer día fue sorpresa:
una empanada tibia,
masa quebradiza,
una carne que recordaba
alguna infancia lejana.

El segundo,
vino la milanesa —
plana, dorada, obediente.
Después,
la pizza con queso estirado,
el pan húmedo,
el tomate ausente.

Y así siguieron:
hamburguesas,
papas,
una carne que se repite
con nombres distintos.

No hay especias,
no hay juego,
no hay pregunta en el sabor.
Sólo el gesto de siempre,
servido con convicción.

Yo,
que venía de platos con duda,
colores cruzados,
y sopas que olían al mundo,
aprendo a tragar
sin buscar.

No es mala comida.
Es otra.
Y yo,
con hambre antigua,
me siento extranjero
hasta en la boca.

18. Recoleta – Piedras que aún respiran

(donde la belleza se sostiene sola)

Recoleta no insiste.
Permanece.

Un orden antiguo
sostiene las fachadas
como si el gesto de quedarse
fuera un deber de mármol.

Los jóvenes se han ido.
Las cortinas no se mueven.
Hay lámparas que esperan
la caída de la noche
como quien repite una oración
ya sin fe.

A veces falta la luz.
Pero eso no apura a nadie.
El silencio enciende
lo que el tiempo dejó en penumbra.

En cada banco,
una señora con abrigo claro
y un perro blanco
que no ladra.

Recoleta no busca futuro.
Guarda a los que aún
pertenecen a lo quieto.

Y entre tumbas abiertas
y árboles que no apuran sus hojas,
algo respira —
no por deseo,
sino por elegancia.

19. Once – El corazón desbordado

(día de ruido, noche de eco)

Durante el día,
todo avanza sin espacio.

Voces cruzadas,
motores,
pañuelos agitándose al borde de la acera.

Los semáforos no ordenan.
Los carteles no terminan.
Una multitud se aprieta
sin tocarse.

Once late —
como un corazón sin compás.

Los relojes brillan en las vitrinas.
Pero aquí nadie mide el tiempo:
sólo se lo gasta.

Pero llega la noche
y el pulso cae.

Las persianas bajan
como párpados cansados.
Las luces no iluminan:
vigilan.

Camino por calles
que aún huelen a día,
pero ya no prometen nada.

Un eco de pasos
que no son míos
me recuerda
que aquí la noche
no es descanso.

Es otro idioma
que aún no hablo.

20. San Telmo – Sombras que ensayan tango

(donde el paso no se olvida)

Aquí el tiempo no corre.
Ensayá.

Las baldosas suenan
como si alguien aún marcara
un compás invisible.

Una pareja baila en la plaza,
pero no para mostrar:
para no olvidar.

Los muros tienen fisuras
donde se esconde
el eco de un bandoneón viejo.

La luz cae oblicua
como si supiera
que hay gestos
que no deben ser iluminados de frente.

Camino entre sombras
que se inclinan como cuerpos
que alguna vez danzaron juntos.

Nadie me mira.
Pero algo en mí
corrige el paso.

En San Telmo,
hasta el silencio
tiene ritmo.

21. La Boca – Azul que no se calla

(color que no pide permiso)

Todo aquí tiene un tono más alto:
las paredes,
las rejas,
las camisas colgadas.

El azul no es color.
Es grito.

La Boca no susurra.
Muestra.

Banderas en los balcones,
pasos marcados en el piso,
tango tocado en la puerta
como si el sonido fuera
otra forma de frontera.

Camino por Caminito
como quien entra en una pintura
donde todo quiere ser visto
al mismo tiempo.

Pero hay líneas
que no están pintadas:
comienzan cuando el sol se inclina.

Un murmullo detrás de un portón,
una mirada que se queda,
una ausencia de turistas
que pesa más que el calor.

Entonces,
bajo los colores,
la noche asoma sin disfraz.

Y yo entiendo:
hay belleza
que solo es segura
a la luz del día.

22. Palermo – Todo es fachada

(la belleza que oculta su fiebre)

Palermo cuida su forma
como quien cuida un secreto.
Todo aquí es orden:
la luz exacta en las copas,
el silencio en las fachadas,
la sombra calibrada en los portales.

Las esquinas no llaman.
Esperan.

Las terrazas conversan sin voz,
y los pasos que cruzan
no dejan huella.

Pero detrás de la puerta sin timbre,
detrás del vidrio esmerilado,
algo respira con otro pulso.

Una figura detenida,
una cortina corrida a deshora,
una mirada que no pregunta
y no espera respuesta.

Aquí,
los cuerpos también se ofrecen,
pero sin nombre,
sin palabra,
sin urgencia.

Palermo no niega.
Disimula.

Y quien camina
intuye —
que entre tanta belleza,
hay una fiebre
que no se atreve a sudar.

23. Constitución – La espera sin nombre

(entre rieles y sombras sin retorno)

Aquí no se camina.
Se arrastra.

El andén late sucio
bajo una luz que no alcanza.
Los trenes vienen y van,
pero nadie llega.

Un cuerpo dormido junto al muro
no sueña.
Respira lento,
como quien ya ha cedido al polvo.

Los pasillos huelen a espera,
pero no a destino.
Sólo a pausa vencida.

Una mujer se apoya en la pared,
con los ojos hacia adentro.
No pide nada.
Tampoco da.

Aquí,
la ciudad no promete futuro.
Ofrece sombra,
y a veces
una jeringa.

La policía pasa
sin mirar.

Y yo,
que apenas cruzo,
me vuelvo transparente
para no alterar
la rutina del abandono.

24. Villa Crespo – Ropa colgada y sol de tarde

(barrio que aprende sin olvidarse)

En Villa Crespo
el tiempo camina de costado.

Todavía hay ropa colgada
entre un balcón y otro,
y el sol de las cuatro
hace brillar la misma baldosa
de hace treinta años.

Una señora barre la vereda
sin apuro,
como si el polvo
también fuera parte del paisaje.

Pero entre la mercería
y la tienda de lámparas,
aparece un bar nuevo
con sillas de diseño
y acento extranjero.

El cambio no irrumpe.
Se acomoda.
Pide permiso al pasado
antes de abrir sus puertas.

Aquí,
todo se adapta
sin romperse.

Villa Crespo no resiste.
Convive.

Y yo,
que busco un lugar
donde el futuro no aplaste lo anterior,
me detengo en su sombra tibia
como quien encuentra
una forma de quedarse.

25. Belgrano – Orden que esconde algo

(belleza en posición de defensa)

Aquí todo tiene forma
y ninguna grieta.

Las calles bajan
como pensamientos pulidos.
Las casas no miran —
observan.

En los jardines,
las flores no crecen al azar.
Parecen ubicadas
por manos que saben
dónde no incomodar.

Los muros no protegen del otro.
Protegen del recuerdo.

Hay algo en Belgrano
que aprendió a mantenerse en pie
sin mostrar las raíces.

Camino entre fachadas blancas
y ventanas espejadas.
Nada me niega.
Pero nada me llama.

La belleza aquí
no seduce.
Se sostiene.

Y yo,
que vengo de una ciudad sin escudos,
reconozco ese modo de estar
como quien reconoce
un gesto aprendido por necesidad.

26. Retiro – Bajo el puente duerme el país

(cuerpo colectivo al borde del olvido)

Donde terminan los trenes,
no empieza el viaje.
Empieza la espera
sin boleto.

Retiro vibra en las ruedas,
en los parlantes,
en los relojes rotos.
Pero debajo,
justo debajo,
algo yace
sin nombre.

Un colchón doblado,
una manta como escudo,
un perro dormido
entre dos cuerpos que no hablan.

Allí,
la ciudad no es postal.
Es resto.

No hay puertas.
Hay cartón.
No hay voz.
Hay tos.
No hay paso.
Hay permanencia.

Una niña dibuja en la pared
con un lápiz roto.
Y el dibujo
parece una casa.

Retiro no expulsa.
Acoge.
Pero no con ternura:
con resignación.

Y yo,
que venía buscando
la música de esta ciudad,
escucho en sus bajos
el acorde más grave
que Buenos Aires se atreve a tocar.

27. Chacarita – Donde la muerte respira hondo

(barrio de sombra legítima)

Aquí no hay urgencia.
Sólo sombra.

Las calles se estrechan
como quien guarda silencio
antes de entrar a un cuarto sagrado.

Los árboles inclinan sus ramas
no por viento,
sino por respeto.

El cementerio no impone.
Está.

Su muralla no encierra.
Acompaña.

En Chacarita,
las voces bajan
aunque no haya nadie.
Y los pasos,
aún firmes,
resuenan como si pidieran permiso.

Una flor marchita
no molesta.
Pertenece.

Aquí,
la ciudad respira más hondo,
como quien recuerda algo
que no se atreve a nombrar.

Y yo,
que vengo cargado de días,
suelto el peso en este barrio
donde la muerte
no interrumpe —
espera.

28. Cartografía del roce

(el cuerpo que toca y no pertenece)

No me dijeron los nombres.
Los aprendí con la suela.
Recoleta fue un eco fino
en mármol fatigado.
Once, un tambor sin dueño.
San Telmo,
un suspiro que baila con polvo.
La Boca,
una postal que grita hasta cerrarse.
Palermo,
una sonrisa que guarda otra boca.
Constitución,
una herida que no sangra — se ofrece.
Villa Crespo,
el rumor de una casa que aún recuerda.
Belgrano,
el orden como escudo.
Retiro,
el país dormido bajo el puente.
Y Chacarita,
el umbral donde el tiempo deja de vestirse.

No pertenezco.
Pero fui tocado.
Por piedras,
por luces vencidas,
por una mujer que no me vio
y aún así me dejó pasar.

Los barrios no me dieron abrigo.
Me dieron forma.

Y ahora, con ese mapa
hecho de roce y demora,
sigo.

Porque el cuerpo,
una vez rozado por la ciudad,
ya no es el mismo.

29. ¿Qué onda?

(la primera vez que el idioma no pesa)

No lo pensé.
Salió solo,
como quien se despereza sin saber que amaneció.

Un vecino bajaba con el ascensor.
Camiseta, mate, ojerás.
Yo entré,
y sin querer, dije:
¿Qué onda?

La palabra no fue mía.
Me pasó por la boca
como si me hubiera elegido.

No hubo risa.
No hubo eco.
Sólo un gesto de ceja
y un “todo bien, che” que cerró el mundo
como si nada.

Pero para mí,
fue todo.

No fue idioma.
Fue clima.
Temperatura exacta del momento.

Subimos en silencio.
Él bajó en el quinto.
Y yo me quedé
con esa frase aún tibia en la lengua,
como quien guarda en el paladar
una miga de pan casero.

Ahora sé:
la pertenencia no llega con papeles.
Llega
cuando el idioma no pesa
y la ciudad no corrige.

30. Confundido con uno de acá

(la primera vez que no preguntan de dónde soy)

Me acerqué al puesto
con la calma del que ya sabe
cuánto cuestan las naranjas.

Dije “buenas”,
como todos dicen “buenas” —
sin terminar la palabra.

La señora cortó el hilo de la bolsa,
me pasó el cambio
y me preguntó:

¿Querés bolsita?

Sin acento,
sin explicación.

Yo asentí.
Dije “dale”.
Y fue como si el día
hubiera decidido adoptarme
sin ceremonia.

Nadie preguntó por mi tonada.
Nadie dijo “sos de afuera, ¿no?”
como si mi silencio ya tuviera
la forma de este barrio.

Me alejé con la fruta
y una duda dulce:
¿será que por un rato
la ciudad me olvidó extranjero?

O será que,
a veces,
pertenecer
es que nadie lo note.

31. Cuando el portero me saluda por mi nombre

(el día en que el nombre ya no es extranjero)

Bajaba como siempre:
paso lento, mochila al hombro,
el gesto de quien aún no despertó del todo.

El portero regaba las plantas del hall,
como si cada hoja supiera su turno.

Yo pasé,
dije “buen día” —
como cada día.

Pero esta vez,
él respondió:

Buen día, Julián.

Mi nombre.
Dicho así,
sin tartamudeo,
sin pregunta.

Como si siempre
hubiera estado en su lista.

No era elogio,
ni gesto de afecto.
Era rutina —
esa forma de cariño
que sólo existe entre lo conocido.

No detuve el paso,
pero adentro algo se quedó quieto,
como una semilla
que por fin encuentra tierra.

Y pensé:
no es necesario que me quieran.
Basta con que me nombren
como quien nombra
lo que ya forma parte.

32. El día que corrijo a otro extranjero

(cuando la ciudad se cuela sin pedir permiso)

Estaba en la fila del *subte*,
detrás de una pareja
que hojeaba un mapa
como si buscara sentido
más que calles.

Él dijo “la estación está en la cuadra siguiente”,
con esa pausa larga
de quien traduce mientras habla.

Ella dudó.
Él insistió:
“cuadra” —
como si eso bastara.

Y yo,
sin pensarlo,
sin querer ocupar lugar,
dije:

“Acá dicen ‘cuadra’ al largo de la manzana,
pero las estaciones están en cada esquina.”

Se giraron.
Me miraron.
No con sorpresa —
con alivio.

Me agradecieron.
Y yo seguí.

Pero el gesto
quedó en mí
como un espejo nuevo:

corregí sin pensar.
Hablé como de acá.
No para parecer local —
sino porque ya no era
exactamente de allá.

La ciudad,
sin que yo lo supiera,
había empezado
a hablar por mí.

33. Primer mate sin explicación

(cuando me alcanzan la ronda sin decir nada)

Estábamos sentados
en una plaza cualquiera,
esos bancos de cemento
donde el sol cae sin pedir permiso.

Charlábamos —
yo decía poco.
Ellos hablaban con las manos,
con el ceño,
con esa música que sólo el Río de la Plata conoce.

De pronto,
uno cebó un mate,
lo tomó,
y sin mirar,
me lo pasó.

No explicó la bombilla.
No avisó que estaba amargo.
No dijo “cuidado, quema”.

Sólo me lo dio,
como quien pasa la palabra
en un poema oral.

Yo tomé.
No por sed.
Sino porque el gesto
tenía más sabor que la yerba.

No dije “gracias”.
No hice comentario.
Lo devolví.

Y siguió la ronda,
como si siempre
hubiera estado en ella.

Ese día entendí:
la pertenencia no es ser parte —
es no interrumpir.

34. Me río con otros

(cuando la risa ya no necesita subtítulos)

No entendí cada palabra.
Pero me reí.

No por cortesía.
No por no quedar afuera.
Me reí
porque algo en el ritmo,
en la pausa,
en la cadencia de las miradas
y los silencios previos,
me llevó hasta allí.

Una historia pasaba de boca en boca.
Un gesto exagerado,
una pausa exacta,
una mueca
que decía más que el idioma.

Y entonces estalló —
esa risa breve
pero verdadera,
como quien reconoce algo perdido
y se alegra sin saber por qué.

Yo no traduje.
No pregunté.
Solamente reí
con otros.

Y por un instante,
la ciudad dejó de exigirme
y me aceptó
en la respiración común
de su alegría inútil.

35. Billetes sin peso

(cuando el valor se vuelve papel)

Cargo un fajo
como si fuera importante.
Pero no pesa.
No en la mano.
No en la vida.

Son billetes gastados,
doblados,
manchados de mercados y taxis,
con rostros que nadie mira
y números que ya no dicen.

Para comprar el pan,
cuento como un niño:
uno, dos, cinco, veinte.
No por el precio,
sino por la cantidad.

La billetera no alcanza.
Los bolsillos se inflan
como si escondieran fortuna.
Pero no es riqueza —
es insistencia.

Y cada vez que pago,
siento que entrego
no valor,
sino testigos.

El dinero aquí
no compra.
Circula.

Como si el gesto de pagar
fuera un teatro
donde todos fingimos
que vale.

36. En la Facultad

(un lugar que parecía prometer lenguaje y dio silencio)

Fui buscando palabras.
No respuestas.
Sólo palabras
que supieran pronunciarme.

La Facultad me abrió las puertas
sin ceremonias.
Un pasillo largo,
paredes rayadas con consignas
que no sabían de mí.

Los cuerpos eran jóvenes,
demasiado.
Movían las manos
como si el mundo fuera suyo
y todavía limpio.

Yo me senté en la última fila,
con el cuaderno abierto
y el oído atento.
Pero la voz que hablaba
no hablaba conmigo.

No por idioma —
por tiempo.
Éramos estaciones distintas
del mismo tren.

Una chica leyó un poema.
Todos aplaudieron.
Yo también,
pero en el aplauso
guardé mi ausencia.

Al salir,
un afiche en la pared decía:
“la historia es nuestra”.
Y pensé en la mía —
desarmada,
sin cartel.

No volví.
No por rechazo,
sino por reconocimiento.

Allí entendí
que la pertenencia
no se busca donde ya no se es.

37. Una librería que no me salvó

(la palabra que estaba, pero no bastó)

Entré buscando refugio.
Libros,
como puertas que no se trancan.

El olor era exacto:
papel viejo,
humedad de pensamiento.
Una lámpara colgaba sin luz
sobre los estantes inclinados
como si también leyeran.

Toqué los lomos
con la esperanza
de que alguno dijera mi nombre.

Había Borges,
claro.
Y Cortázar,
con su risa torcida en las tapas gastadas.
Hasta Puig,
mal apilado entre novelas románticas.

Pero nada me respondió.
Las palabras estaban,
pero no estaban para mí.

El librero me miró
como quien reconoce un gesto
que ya no sorprende.
No dijo nada.

Compré un libro
sólo por no salir con las manos vacías.
Lo abrí en la plaza,
pero las páginas no tenían peso.
No era culpa del autor.
Era mía —
que esperaba encontrarme
en un espejo ajeno.

Cerré el libro
sin terminar el prólogo.
Y supe,
con una tristeza quieta,
que no basta amar los libros
para ser leído por una ciudad.

38. Un vecino que no saludó

(y aún así dejó rastro)

Lo vi en el pasillo,
cerrando la puerta con una lentitud
que parecía cálculo.

Dije “buenas tardes”,
con voz limpia
y sin pretensión.

No respondió.
Tampoco me miró.

Pero al bajar la escalera,
vi que había dejado
una maceta torcida junto a la ventana
como quien no quiere que entre el sol,
pero tampoco el olvido.

Y esa pequeña sombra verde
me pareció un gesto.

A veces,
los saludos llegan
sin boca.

39. Tarde en un banco de plaza

(esperando algo que no llega)

El banco estaba vacío
y tenía una hoja seca encima.

Me senté sin moverla.
Ella crujió
como si le doliera la interrupción.

Frente a mí,
una pareja reía.
Un niño giraba sobre sí mismo
como si el mundo no bastara quieto.

Yo solo quería estar.
No mirar,
no pensar.
Estar.

Una señora dejó migas para las palomas.
El viento no llevó ninguna.

Y por un instante,
sentí que pertenecer
era eso:
quedarse sin buscar función.

Pero el banco crujió de nuevo,
la hoja cayó,
y yo me fui
sin haber llegado.

40. Café con poco azúcar

(la ciudad también endulza a su modo)

Pedí un café.
Solo.
Como quien no quiere conversación.

Me lo sirvieron sin preguntar.
La taza era pequeña,
pero el gesto del mozo
tenía una precisión antigua.

Busqué el azucarero.
No estaba.
Solo un sobre,
aplastado entre las servilletas.

Lo vertí sin esperar dulzura.

El primer sorbo
fue agrio,
pero cierto.

Y por primera vez,
sentí que la ciudad no me agradaba,
pero me decía la verdad.

41. Miradas que resbalan

(el anonimato como idioma invisible)

Subí al subte
como todos:
apretado,
mirando al frente.

Un adolescente con auriculares,
una mujer con una planta en la mano,
un señor que leía sin página.

Nadie me vio.
Pero todos me evitaron con exactitud.

Como si supieran
que mirar demasiado
puede ser una invasión.

A veces,
ser invisible
es el único modo de ser admitido.

42. Carteles que no se entienden

(aunque estén en español)

Vi un afiche:
“clase abierta contra la indiferencia estructural”.

Leí tres veces
y no entendí a quién llamaba,
ni a quién denunciaba.

Otro decía:
“militemos la ternura”.

Tampoco supe cómo.

La ciudad está llena de frases
que dicen más de quien las escribe
que de quien las lee.

Y yo,
que vine buscando sentido,
me encuentro traduciendo
lo que ya está en mi idioma.

43. Una mano que no solté

(gesto fugaz entre extraños)

En el colectivo,
una curva brusca
me lanzó contra una mujer mayor.

Extendí la mano,
sin pensar,
para sostenerla.

Ella la tomó —
apenas un segundo —
y luego volvió a su bolso
como si nada hubiera pasado.

Pero ese roce,
mínimo,
quedó temblando en mi palma
por más de una parada.

La ciudad no agradece.
Tampoco olvida.

44. La voz del portero eléctrico

(la ciudad como umbral de sí misma)

Tocás el timbre
y no sabés qué voz te va a responder.

Una vez,
fue un hombre con tos.
Otra, una mujer que dijo “¿quién?”
como si ya me conociera.

Esa voz sin rostro
marca la frontera.

Si responde amable,
sos alguien.
Si responde seco,
sos intruso.

Hoy nadie contestó.
Solo un zumbido
como de insecto cansado.

Y ahí supe:
hay días en que Buenos Aires
no quiere ser abierta.

45. La fila que no avanza

(donde el cuerpo aprende a quedarse)

Una sala blanca,
sin ventanas.
Un número parpadea
en rojo —
no es el mío.

Un niño llora sin lágrimas.
Una mujer teje con los dedos
algo invisible.
Un hombre bosteza
como si llevara días esperando
esta espera.

Yo sostengo mis papeles
como se lleva una flor cortada:
sin raíz,
sin perfume.

Nadie se queja.
Nadie habla.
Todos aprenden
que la queja no acelera,
y la palabra no abre puertas.

Un nombre suena.
No es el mío.
Pero por un segundo,
pienso que podría ser.

No me levanto.
No pregunto.
Estoy aquí —
no como quien llega,
sino como quien,
sin darse cuenta,
ya vive
donde no quería quedarse.

46. El acento que no se borra

(y sin embargo ya no duele)

Digo “calle”
y me miran.

No como quien escucha,
sino como quien detecta
una grieta.

Mi voz arrastra otra tierra.
Y eso no se esconde.
No importa cuántas veces
repita la frase
en el espejo del ascensor.

Pero hoy,
una señora en la verdulería
me responde
sin corregir.
Sin gesto.

Solo toma mis monedas,
y dice:
“que tengas buen día”.

Mi acento sigue ahí —
torcido,
ajeno,
leal.

Pero ya no me hiera.

Es la sombra que va conmigo,
inútil para esconderse,
pero exacta
para saber de dónde vengo.

47. El otro portero que no saluda

(pero un día, asiente)

Desde que llegué,
él nunca saludó.
Pasaba con el balde,
el trapo gris,
la radio baja,
y una nube entre los ojos.

Yo decía “hola”.
Él decía piso con su silencio.

Pero un día,
al cerrar la reja,
me miró.
No fue largo.
No fue amable.

Pero su cabeza bajó
como quien aprueba
sin decir.

No fue aceptación.
Fue algo más leve:
reconocimiento.

Y entendí
que en esta ciudad
nadie te da la bienvenida.
Pero algunos,
un día,
te dejan pasar
sin ruido.

48. Una noche con frío de adentro

(donde no alcanza el abrigo)

No hace tanto frío afuera.
Pero el cuerpo
tiembla.

No es por el viento.
Es por la cena sola,
el mensaje sin respuesta,
la ausencia de una voz
que diga “ya es tarde, vení”.

Las paredes no ayudan.
Repiten el eco
de una respiración
que es solo mía.

En la cocina,
el vapor sube
sin calentar nada.

Y sin embargo,
no hay deseo de irse.

El frío ya no espanta.
Sólo enseña
que estar aquí
es también estar
sin abrigo.

Y que hay noches
donde habitar una ciudad
es resistirla
en silencio.

49. El primer “vos” sin pensar

(cuando el cuerpo ya habla en otra lengua)

Fue en la verdulería.
Dije:
“¿Querés que te ayude?”
sin pensarlo.

La palabra salió sola,
redonda,
con esa música
que no se estudia.

La señora sonrió,
como si no notara nada.
Como si siempre lo hubiera dicho así.

Pero yo lo supe.
Lo sentí en el pecho,
como quien pisa el suelo
descalzo
y reconoce la textura nueva
como propia.

No fue el verbo.
Fue el tono.
Fue el “vos”
que ya no dolía
al pronunciarlo.

Y aunque no me pertenece,
aunque aún suena con mi eco forastero,
sé que fue mío
ese instante.

El idioma,
por fin,
dejó de corregirme
para empezar a abrazar
mis errores.

50. Ya no me voy

(aunque nunca llegué del todo)

Tengo casa propia.
Llaves que ya no dudo,
una lámpara que enciende sin pensar.
Hay polvo, sí —
pero es mío.

No tengo amigos de infancia.
Pero el verdulero ya no me pregunta
si quiero bolsa.

No tengo acento limpio.
Pero las palabras vienen solas,
aunque algunas tropiecen.

No sé los himnos.
Pero distingo los gritos
cuando Boca pierde
y cuando gana.

No soy de aquí.
Pero aquí,
el tiempo me dio
otra forma de quedarme.

No como quien planta raíces —
sino como quien barre su vereda
sin mirar la hora.

La ciudad no me abraza.
Pero me dejó un rincón
donde el cuerpo
no duele al andar.

No llegué.
No me iré.

Y en ese filo sin nombre,
donde todo se repite
y algo cambia,
yo respiro.

Y cada vez que abro la puerta,
sin saber si salgo o si entro,
Buenos Aires
me dice —
con voz de nadie:

“Ya no te vas”.

Epílogo

Lo que se queda sin decir

Hay ciudades que te adoptan.
Otras que te expulsan.
Y otras —
como Buenos Aires —
que simplemente
te dejan estar.

No hice amigos eternos.
No descubrí verdades profundas.
Pero aprendí a esperar
el cambio exacto del semáforo
sin mirar el reloj.

Aprendí a leer en el polvo
el horario de la panadería.
A distinguir entre un perro callejero
y uno que sólo pasea solo.
A ver en una reja
no un adorno,
sino un gesto de resistencia.

No me convertí en porteño.
No me volví menos extranjero.
Pero ya no camino de puntas.
Ya no me disculpo por mirar.
Ya no me asombra
no ser mirado.

Y eso, en esta ciudad
donde todo se dice de lado,
quizás sea
la forma más cercana
al pertenecer.

Nota Biográfica

Augusto La Fere (Lapa, Paraná, 1973) es autor y ensayista. Su escritura transita entre la filosofía, la memoria y la metáfora del paisaje, explorando la tensión entre el silencio y la palabra. Fundador del sello *Ars Verbi*TM, se dedica a la publicación artesanal y digital de obras bajo licencias libres.

Entre sus publicaciones destacan *El Legado* (2013), *Clown* (2014), *Cartas para Nadie* (2017), *Ceniza de Bronce* (2020), *Silencio Alto* (2024) y *Antes de que Derriben* (2025). Vive y trabaja en Paraná, participando también en iniciativas culturales orientadas a la difusión de la literatura libre.

Colofón

Este libro fue compuesto en EB Garamond, recreación digital de Georg Duffner (2008) de las formas renacentistas trazadas por Claude Garamont (c.1480-1561), en París. Su trazo, entre el hierro antiguo y la luz de la pantalla, conserva el pulso humano que lo originó: un eco de imprenta que se niega a desaparecer. Cada palabra, como un cuerpo en tránsito, se posa en esta tipografía que respira entre siglos —una forma extranjera que, al tocar la ciudad digital, se vuelve propia.

Así, *Cartografía del Roce* se escribe donde el papel ya no es materia, pero sigue siendo piel: allí donde el roce aún deja marca.

La edición digital fue concluida en octubre de 2025, por *Ars Verbi*TM, en Lapa, Paraná, donde el silencio todavía sabe pronunciar los nombres de lo que permanece.

Exploro este
espacio urbano,
y soy a la vez
el roce
y el extraño.

AUGUSTO LA FERRE
Cartografía del roce